

Combatir la desigualdad para salvaguardar el orden.

La extrema derecha ante la crisis, la desocupación y el problema comunista (Argentina, 1932-1934)

Mercedes F. López Cantera*

Cuarenta y tantos millones de desocupados pesan sobre la economía del mundo tan enormemente, que solos bastarían para aplastar las instituciones actuales. Y no se olvide que la Revolución francesa nació del hambre del pueblo, tanto como de la ceguera de las clases llamadas dirigentes. Más aún. De su corrupción espantosa. Porque lo que no se hizo antes, es lo que puede hacerse ahora: simplemente, una redistribución de los bienes naturales; el acceso de los más, no a la riqueza de los menos, sino a la posibilidad del trabajo remunerador.

Crisol, 1 de noviembre de 1932

Concluía el año 1932 cuando las voces nacionalistas del diario *Crisol* alertaban sobre el peligro de una inminente revolución —en este caso no liberal, sino comunista— cuyas causas se arraigaban en dos importantes factores. Uno, la profunda desigualdad entre los diversos

* Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA/CONICET.

sectores sociales, agravada por la crisis de ese presente; el segundo, la ausencia (por impotencia, inoperancia o desidia) de los poderes públicos para resolverla. Desde los primeros meses de la presidencia de Agustín P. Justo (1932-1938), las organizaciones de la extrema derecha nacionalista dieron a conocer sus posiciones sobre el contexto que aquejaba a la Argentina y al mundo y, como resultado de esos análisis, también manifestaron sus propuestas. La definición de los proyectos de esos actores contempló la situación de la clase trabajadora y del movimiento obrero, dentro del cual las características del comunismo —desde sus ideas hasta sus estrategias y estructuras de organización— fueron centrales para afinar críticas y alternativas. Así, mientras estas derechas objetaron las injusticias del sistema económico y del régimen democrático, no dejaron nunca de remarcar lo inviable de la sociedad de iguales pretendida por las izquierdas revolucionarias.

En este trabajo nos proponemos abordar las lecturas sobre la relación entre la conflictividad social y la desigualdad elaborada por la extrema derecha argentina en el marco de la crisis de los años treinta y del retorno democrático tras la dictadura de José F. Uriburu (1930-1932). En trabajos previos, esa misma relación fue analizada a partir de los diagnósticos y respuestas de diversas fuerzas de izquierda (socialistas y comunistas), durante la crisis generada por el impacto de la Segunda Guerra Mundial (Ceruso, López Cantera y Piro Mittelman, 2022). Tanto en ese caso como en el que desarrollaremos a continuación, nos interesó observar aquella dimensión del conflicto vinculada a la esfera de la negociación e intervención/mediación. Es decir, sin dejar de considerar el despliegue de luchas y protestas —problemáticas centrales en las décadas de 1920 y 1930—, apuntamos a observar las tensiones existentes detrás de posiciones y proyectos en clave conciliatoria, en tanto otras expresiones de la conflictividad social,

para así comprender qué naturaleza le asignan al fenómeno de la desigualdad esos distintos actores o agentes a estudiar.

Con esos objetivos generales, nos adentraremos en los primeros años de la presidencia de Justo, desde la restauración democrática en 1932 hasta 1934, a partir de dos de las más importantes tribunas de la extrema derecha local, *Crisol* y *Bandera Argentina*, y sus interpretaciones en relación con tres cuestiones. Una primera, las reflexiones que presentaron respecto a una de las caras más visibles de la crisis, la desocupación, y las evaluaciones realizadas sobre las medidas tomadas por el gobierno de la Concordancia. La segunda cuestión remite a la vinculación entre desocupación y conflicto, donde el problema comunista emerge para los nacionalistas como un vértice articulador de esas dos problemáticas. En tercer lugar, ahondaremos en las relaciones establecidas entre igualdad, desigualdad y orden social, en los distintos argumentos disparados por el balance ante la crisis económica, el régimen político y la presencia de un enemigo revolucionario como el comunismo.

Algunas consideraciones sobre la conflictividad en los primeros años treinta

En un comienzo, los estudios que han abordado la conflictividad social-obrera de los años treinta inscribieron sus intereses en la comprensión de los antecedentes del fenómeno peronista, evaluando las luchas, protestas y diversas tensiones bajo el lente de la relación entre el Estado y la clase obrera organizada, tanto desde el movimiento obrero como del sindical (Murmis y Portantiero, 1971; Matsushita, 2016 [1986]; Korzeniewicz, 1993; Del Campo, 2005). Al margen de las importantes contribuciones de estos trabajos, esta “peronización” inconsciente de la historia de los años veinte y más precisamente

treinta, no colaboró en destacar la especificidad y las particularidades de esas coyunturas (Camarero, 2013). En los últimos años, otros aportes se propusieron encarar este escenario sin la constante pregunta sobre los orígenes del peronismo, subrayando la experiencia de distintas corrientes de izquierda en el ámbito fabril y en la esfera pública (Iñigo Carrera, 2000, 2016; Camarero, 2007, 2008a, 2012, 2015; Ceruso, 2015), tanto desde posiciones radicalizadas o intransigentes (como las prácticas anarquistas o la línea de *clase contra clase* implementada por el comunismo local hasta 1935) hasta posturas proclives a la negociación e interacción con las patronales y el Estado, a saber, el sindicalismo revolucionario y el socialismo que lideraron la Confederación General del Trabajo (CGT) hasta también mediados de la década.

Estas últimas expresiones políticas al interior del movimiento obrero que plantearon o aceptaron diversos canales de diálogo nos brindan elementos para caracterizar la segunda dimensión del conflicto, aquella que también puede reconstruirse a partir de las posiciones por fuera de la esfera represiva expresadas por la extrema derecha nacionalista. La existencia de propuestas no tendientes a la confrontación directa o de gran escala fue un eje de discusión y división entre las izquierdas desde comienzos del siglo, vinculada a la adopción o rechazo de prácticas como la huelga general o el parlamentarismo (Poy, 2015; Koppmann, 2016; Belkin, 2020). Algunas posiciones recientes han subrayado el papel del mundo católico y de las tendencias reformistas dentro del liberalismo argentino como muestras de alternativas que romperían el predominio de la asociación directa entre política obrera y una conflictividad exclusivamente antisistema (Hora, 2021), marginando tanto los debates al interior de las izquierdas de comienzos de siglo como también una larga presencia de estudios que han dado muestras de la tradición católica en la organización de trabajadores/as y o las discusiones y enfrentamientos con tendencias

radicalizadas que pusieron en evidencia la presencia de esas otras identidades obreras (Auza, 1987; Lida y Mauro, 2009; Lida, 2011; Martín, 2012, 2020; Asquini, 2022).¹

Entendemos que la errónea homologación entre política obrera y radicalización política en las primeras décadas del siglo XX encuentra correspondencia con el sentido unívoco de conflictividad en tanto luchas, protestas o enfrentamientos, compartido por distintas posiciones historiográficas. Como hemos señalado, la existencia de investigaciones que contemplaron programas tendientes a la conciliación y debates al interior de las izquierdas sobre la moderación y radicalización de prácticas, nos permite derribar ese sentido común historiográfico. Sin embargo, creemos que este se desprende de la existencia de un conjunto de lecturas que establecieron una relación casi mecánica entre las modalidades de intervención estatal (represiva-represiva/conciliatoria-conciliatoria) y el predominio de ciertas corrientes políticas entre la clase obrera organizada (anarquismo-comunismo-sindicalismo), abonando conclusiones donde el ascenso o declive de una línea política sería el resultado de las condiciones establecidas por otros actores, desde la patronal, el sistema de partidos políticos y, por supuesto, el Estado (Del Campo, 1989).

Así, la idea de conflictividad de nuestro trabajo busca, en primer lugar, tomar distancia de la identificación directa con manifestaciones violentas y, en un segundo lugar, de aquellas interpretaciones por las que el conflicto social-obrero emerge como producto de condicionamientos externos a la estructura social local, constituyéndose en

¹ Otra cuestión a considerar es que las propuestas del catolicismo frente a la problemática social-obrera no surgieron solamente en relación con los principios de la doctrina social (entre ellos, la conciliación de clases, favorecer la legislación social, etc.) sino que también plantearon la confrontación directa en el ofrecimiento de servicios de rompehuelgas por parte de los Círculos Católicos.

tanto una anomalía. Esto último puede encontrarse tanto en actores contemporáneos a los años estudiados pero incluso en producciones sobre las primeras décadas del siglo, sobre todo con relación al proceso migratorio en tanto un condicionante exclusivo del conflicto.² En ese sentido, no es casual que algunas interpretaciones conciban el período de entreguerras en tanto un ciclo de menor confrontación. De acuerdo con ello, pasados los años del impacto de la inmigración masiva y de los efectos de la Gran Guerra, tras la masacre de la Semana Trágica en enero de 1919, el movimiento obrero de la Argentina de la década de 1920 habría experimentado un momento de repliegue, fomentado además por los vientos de bonanza económica del gobierno de Alvear (Romero y Gutiérrez, 1995; De Privitellio, 2001, 2003; Korn y Romero, 2006). Este escenario se habría visto interrumpido con la crisis de 1929 y el golpe de Estado de septiembre de 1930. En una línea similar al razonamiento aplicado para los años veinte, la represión desmedida (definida, en muchos casos como “una embestida”) del uriburismo habría domesticado o apaciguado a las organizaciones políticas y sindicales de la clase trabajadora, en particular a anarquistas y a comunistas, abriendo un nuevo momento —aquel de los primeros años del gobierno de la Concordancia encabezado por Justo— de pacificación tras esa derrota.

El momento que se inauguró tras la restauración democrática y que se extendió hasta la inflexión de 1935 distó de ser “apacible”. El ciclo de huelgas entre esos años comprendió desde las luchas de los obreros petroleros de Comodoro Rivadavia entre abril-junio de 1932 (que concluyó con dos mil detenidos, entre los cuales casi mil trabajadores fueron deportados bajo la Ley de Residencia); la de los/as

² Es curiosa, aún, la insistencia en otorgar énfasis a la migración masiva como factor de tensiones y protestas que habrían irrumpido en la estabilidad del progreso de la Argentina agroexportadora (Hora, 2019a).

trabajadores/as de la Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC) en mayo de 1932; las huelgas generales de diciembre de 1932 y agosto de 1933, convocadas por la FORA con la participación del Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC) perteneciente al PC; la de los/as trabajadores/as del algodón en Chaco (1934 a 1936); la de los madereros —liderada por el Sindicato Único de Obreros de la Madera (SUOM)— en junio y julio de 1934; y finalmente la de los/as trabajadores/as del vestido, entre septiembre y octubre de 1934 (Iñigo Carrera, 2001; Camarero, 2007: 173-191, 2008b). Asimismo el año 1935 se vio atravesado por los conflictos de la rama de la construcción que confluyeron en la convocatoria a la gran huelga general de enero de 1936, un hito y punto de inflexión en las protestas de la década (Iñigo Carrera, 2000). En ese marco, fueron desbaratados dos complots del radicalismo (López Marsano y Salas, 2017: 109-125 y 145-185), dando por resultado la declaración del estado de sitio entre diciembre de 1932 y mayo de 1933 y desde diciembre de 1933 hasta julio de 1934.

La presencia de la militancia comunista en la dirección de las protestas mencionadas acompañó la presentación del “enemigo rojo” como una de las problemáticas a encarar por el Estado desde su faz represiva. Durante la dictadura de Uriburu, las prácticas de disciplinamiento estatal expresaron una clasificación que diferenciaba al activista comunista del proveniente de otras identidades como la anarquista. No obstante, la estructura de la represión interna, donde la Policía de la Capital jugó un papel central, no experimentó grandes modificaciones hasta el retorno a la “normalidad constitucional” en febrero de 1932. Si bien el gobierno de Justo centró sus preocupaciones en la crisis económica, la conflictividad social emergió en tanto otro eje del reordenamiento político buscado por la flamante gestión. De esa manera, se elaboraron y ensayaron diversas propuestas de contención del conflicto en clave mediadora, combinadas con un

perfeccionamiento de la política represiva que puso al comunismo como su problemática principal (López Cantera, 2019: 84-111). La creación de la Sección Especial de Represión al Comunismo (SERC, dependencia de la Policía de la Capital creada en 1932, heredera de algunas funciones de la Sección de Orden Social) fue el punto de partida para esa política coercitiva, en paralelo a un proceso de modernización de la fuerza policial, el segundo en importancia desde la creación de dicha institución (Kalmanoweicki, 1997: 141; Caimari, 2012: 115-151).

En un intento por ofrecer otras estrategias más allá de la represiva para hacer frente al descontento social, el gobierno impulsó el primer Censo Nacional de Desocupados en 1932. Ello fue la base para la creación en 1934 de la Junta Nacional para Combatir la Desocupación, organismo estatal dependiente del Poder Ejecutivo encargado de elaborar respuestas para ese flagelo, desde el que se convocó a participar a diversas entidades como la Unión Industrial Argentina (UIA), la Bolsa de Comercio y la CGT (Panettieri, 1996; Girbal-Blacha, 2003). La CGT sostuvo su línea en favor del diálogo con el gobierno, acorde con la política de prescindencia que caracterizó a la corriente sindicalista a la cabeza de la central, línea que había adoptado desde su creación a fines de septiembre de 1930 y que desplegó durante la dictadura. En noviembre de 1933, la Confederación emitió un comunicado de prensa donde tomaba distancia de distintos “actos violentos” reprimidos por la policía, remarcaba el buen comportamiento de los obreros de sus entidades y minimizaba el accionar de la Policía de la Capital.³ Meses más tarde, a mediados de 1934, tras las denuncias contra la Policía de la Capital y la SERC por el empleo de torturas y detenciones por motivos políticos, el Ministro del Interior Leopoldo Melo presentó un informe en el que el Estado

³ Confederación General del Trabajo (08/11/1933). Comunicado de Prensa.

asumía públicamente y por primera vez la existencia de “actividades comunistas” que alteraban el orden público y pervertían a los/as trabajadoras/es y a sus organizaciones (López Cantera, 2014a). De acuerdo con Melo, esas alteraciones eran producto de una “desviación hacia el bandolerismo” por parte del movimiento obrero, al contrario de la CGT y sus entidades sindicales, destacadas por su permanente colaboración y predisposición a la mediación en conflictos laborales.⁴

El planteo de una “cuestión comunista” por parte del Poder Ejecutivo a mediados de los años treinta era el resultado de un proceso de observación y clasificación desplegado a partir de los procedimientos policiales que, desde 1932, venía desplegando la SERC en colaboración con otras dependencias policiales como las secciones de Orden Social y Orden Político. Las llamadas “actividades comunistas” no apuntaban únicamente a la militancia de esa línea política. Las posiciones anticomunistas expresadas por la Policía de la Capital implicaron la impugnación de valores, reivindicaciones y prácticas extensibles a otras identidades. El rechazo e impugnación (y, en el caso de las fuerzas de seguridad, también el intento por criminalizar) significó la valoración de otros ideales y acciones que conformaban el legítimo orden social y político, o la conducta legítima que debían asumir desde los/as trabajadores/as hasta sus organizaciones. Este doble juego de legitimación e impugnación se encontró en cada una de las ideas anticomunistas gestadas y consolidadas en el marco de la conflictividad de los años treinta. Su conformación no solo se nutrió del accionar policial sino también de otras observaciones y clasificaciones. Nos referimos a las operadas por el mundo católico

⁴ El Ministro Melo se refirió a la CGT y sus organizaciones como “verdaderos representantes de la clase trabajadora” como contracara del “desviacionismo bandolero”, acusado de “mezclar la política en los sindicatos”. En *Mensaje contestando el pedido de informes acerca de las razones que determinaron la creación en la Policía de la “Sección especial de represión contra el comunismo”*, Archivo de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, legajo n° 115, 08/08/1934.

(sea en el amplio espectro del catolicismo social, hasta el integrismo) y la extrema derecha nacionalista.

El nacionalismo de los años treinta fue un actor político atomizado en diversas organizaciones (ligas, legiones, alianzas) con un marcado perfil paraestatal en constante tensión con las gestiones conservadoras, y con propuestas políticas críticas del liberalismo y del comunismo, este último entendido como una expresión revolucionaria y perjudicial para el orden social y también moral del país. La “acción disolvente” del comunismo —en gremios obreros, hasta en ámbitos estudiantiles y en entidades intelectuales, culturales y/o antifascistas— fue denunciada por los grupos nacionalistas desde tribunas periodísticas afines que daban publicidad a sus actividades y propuestas. Las más destacadas, *Crisol* y *Bandera Argentina*, expresaron críticas al escenario político existente; desde sus páginas fueron delineándose los proyectos políticos de esta extrema derecha que, para el segundo lustro de la década, adquirieron una lógica contrarrevolucionaria. Ser una alternativa al juego propuesto por las fuerzas democráticas existentes se articuló con un iracundo antiizquierdismo, repulsivo a toda expresión favorable a valores cercanos a la igualdad social y a identidades por fuera de la nacional (López Cantera, 2015).

Esos dos aspectos del anticomunismo característico del nacionalismo de extrema derecha —los rechazos a proposiciones en favor de la igualdad social y aquellos contra identidades pensadas bajo criterios por fuera de la nacional— pueden pensarse como los ejes subyacentes en casi todas las interpretaciones, rechazos, proyectos de esos actores que contemplaron al “problema rojo”. Cierta bibliografía especializada en el período de entreguerras local marginó al anticomunismo en el análisis de las derechas de esos años, en parte debido a la prioridad otorgada al componente antiliberal de estas, a raíz del interés de ciertos estudios por desentrañar la *génesis golpista*

o autoritaria de la Argentina del siglo XX (Navarro Gerassi, 1968; Devoto y Barbero, 1983; Buchrucker, 1987; Rock, 1993; Devoto, 2002; Finchelstein, 2010). En las primeras décadas del siglo XXI, los aportes que marcaron la orientación de los nuevos estudios sobre derechas insistieron en analizar la relación de estas con la clase obrera, sus problemáticas y organización, y en el peso que tuvo en ello el llamado peligro comunista (Dolkhart y McGee Deutsch, 2001; Lvovich, 2003; McGee Deutsch, 2003, 2005; Rubinzel, 2012).

Esta última influencia colaboró en los recientes aportes que permitieron reconstruir las características de lo que hemos denominado *ideas anticomunistas* (López Cantera, 2019). Nos referimos a la impugnación a proyectos o propuestas articulados en relación con la identidad de clase, y/o de género, que pueden incluir criterios identitarios de solidaridad (como la causa del antifascismo y otros conflictos internacionales, o modalidades de lucha como las huelgas generales o en solidaridad), y a prácticas o temáticas que planteen la ruptura contra el orden social jerárquico (fundamentado en una tradición o en la divinidad), donde la lucha de clases o la confrontación capital-trabajo propongan una lectura irreconciliable entre diversos grupos sociales. Estas impugnaciones incluyeron distintas reivindicaciones políticas: los reclamos gremiales por fuera de lo estrictamente económico (lo salarial o las condiciones laborales), tal es el caso de la solidaridad con causas locales o internacionales o las críticas a las gestiones políticas (sea la denuncia contra la represión policial, contra el fraude, los vínculos del gobierno con intereses de capitales externos, etc.), fueron catalogados de “politización” de las masas obreras y de sus organizaciones y, de esa manera, invalidados. En esa misma lógica, el empleo de la violencia en tanto expresión de rechazo a la autoridad (legal, patronal, incluso etaria) apareció vinculada a esas otras impugnaciones, ratificando el carácter destructivo del enemigo comunista.

Ahora bien, contemplando que este conjunto de elementos constitutivos de las ideas anticomunistas encierran la validación de otro compuesto por valores y prácticas que analizaremos en el próximo apartado, corresponde realizar dos aclaraciones al respecto. La primera se vincula a no entender el discurso y las propuestas antiigualitarias —incluso antiigualitaristas— de la extrema derecha local en tanto sinónimos de una posición en defensa de la desigualdad social (Bobbio, 1995: 120-125). El amplio arco de actores de derechas y *a la* derecha manifestó su interés y preocupación por los malestares sociales, entre los cuales las condiciones de vida de las/os trabajadoras/es fueron una temática central. La crítica a la búsqueda o el objetivo de una sociedad de iguales significó la defensa de un orden social jerárquico (nuevamente, fundado en un marco legal o en una autoridad divina), no así la justificación de las malas condiciones de sectores proletarios o subalternos. En el siguiente apartado, el análisis propuesto pretende ejemplificar esa afirmación para no comprenderla como una contradicción.

La segunda aclaración remite al papel del peligro comunista o de las ideas anticomunistas. En los distintos cruces entre izquierdas y derechas, el anticomunismo comprende una de las intersecciones más importantes al menos para comprender las conexiones y choques entre esos dos polos ideológicos durante el siglo XX. En nuestro caso, los nacionalistas de los años treinta articularon el problema rojo con la existencia de la conflictividad social, una conflictividad definida con relación a dos caras. El conflicto social obrero fue comprendido por esos actores como producto de una injerencia ajena-externa, definida más allá del carácter extranjero de la agencia que la ejerciera, siendo el comunismo el principal factor señalado desde esta dimensión. Una segunda cara o dimensión del conflicto respondió a aquellos elementos del propio orden económico-social-político presente, cuyo desmoronamiento (producto de las mezquindades atribuidas a la

desigualdad) podía conducir a la adopción de regímenes alternativos como el que representaba también el enemigo rojo. De esa manera, el enemigo comunista fue entendido por estos actores en tanto motor pero también como destino de la conflictividad.

La siguiente sección desarrollará las tres cuestiones indicadas en la introducción tomando como punto de partida al contexto de crisis y de la recuperación democrática tras el fracaso de la dictadura de Uriburu, y contemplando aquellas reflexiones sobre los conflictos sociales obreros (en especial los vinculados al problema de la desocupación) disparadas desde las páginas de *Crisol* y *Bandera Argentina*. La manera en que el problema comunista fue presentado en relación con el régimen político y al escenario económico, junto a los posicionamientos sobre la defensa del orden social, serán los dos ejes a considerar a lo largo del análisis propuesto.

Los nacionalistas contra la desigualdad en los primeros años de la “normalidad constitucional”

El retorno a la “normalidad constitucional” de febrero de 1932 ratificó el fracaso de las pretensiones nacionalistas de erigir un gobierno alternativo a las formalidades marcadas por la Ley Sáenz Peña. El golpe de Estado de septiembre de 1930 había sido visto con expectativas por quienes en poco tiempo conformaron las organizaciones del nacionalismo que habría de caracterizar a los años treinta.⁵ Durante la dictadura de Uriburu fueron creadas la Legión de Mayo y la Legión Cívica Argentina (LCA); de esta última organización se desprendieron

⁵ Existió otra generación de nacionalistas, aquella que definió a los años veinte, conformada por un amplio espectro de voces, tales como la Liga Patriótica, el conservadurismo alineado detrás de *La Mañana* dirigido por Francisco Uriburu, y los republicanos de *La Nueva República* (Mutsuki, 2004: 181-196; Tato, 2004; McGee Deutsch, 2005: 136-140).

en 1932 la Acción Nacionalista Argentina (ANA), la Comisión Popular Argentina Contra el Comunismo (CPACC), y la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (rama estudiantil de la LCA). Por su parte, Afirmación De Una Nueva Argentina (ADUNA) fue creada a partir de la ANA en 1933, mientras que la organización más numerosa de estos años, la Alianza de la Juventud Nacionalista (AJN, se estima que tuvo un promedio de 40.000 adherentes) hizo su aparición en 1937.

La proliferación de estos grupos tras la asunción de Justo se encontró vinculada al fracaso de la alternativa uriburista de conformar un régimen corporativo, una propuesta rechazada por el resto de los actores partícipes del golpe, inclinados a favor de un retorno a la democracia que se lograría sin la participación de la UCR. La alianza entre radicales antiyrigoyenistas, socialistas independientes y el Partido Demócrata Nacional, victoriosa en los comicios celebrados en noviembre de 1931, fue aceptada por la extrema derecha con aprehensión. En un principio, el gobierno de Justo contó con el apoyo de legiones, ligas y alianzas nacionalistas, los cuales decidieron acompañar a la gestión conservadora más allá de su componente liberal como una forma de resistencia al yrigoyenismo y al comunismo, considerados peligros mayores (Tato, 2005).

Desde sus antecedentes de los años veinte, la derecha nacionalista de la década de 1930 entendía al radicalismo yrigoyenista y al comunismo en tanto productos del escenario inaugurado tras la ampliación de la participación política que había caracterizado al ciclo 1912-1930. La crisis internacional y su impacto local estaban inscriptos en una lógica de degeneramiento del orden social que remontaba sus orígenes a las transformaciones del siglo XVIII. Estos nacionalistas —así como los de décadas anteriores— compartieron con el mundo católico el diagnóstico sobre una permanente crisis social que

aquejaba a la humanidad desde la irrupción de la Ilustración. Mientras el catolicismo enfatizaba el carácter espiritual de dicha crisis (es decir, el alejamiento de la humanidad de Dios) y el cuestionamiento al liberalismo no obturaba posiciones cercanas a la democracia o a su cristianización (tal como expresaron diversos referentes del catolicismo social), los grupos nacionalistas reforzaban el carácter ajeno a los valores nacionales del liberalismo y su identificación con una clase dominante responsable del sometimiento económico de la Argentina al poder de potencias mundiales como el caso de Gran Bretaña (Spektorowski, 2003: 125-150). Lejos de ser parte de una postura antisistema, el antiimperialismo expresado por las agrupaciones nacionalistas (un componente cada vez más gravitante de su discurso a medida que fue avanzando la década) se ubicó en línea con la crítica a la concentración de los grandes capitales, que atentaban contra intereses locales y contra una mentada “armonía social” al profundizar la explotación de los/as trabajadores/as. Sin poner en discusión la propiedad privada (es más, incluyéndola dentro de los valores de la “argentinidad”, como la religión y la defensa de la patria) ni la diferencia de clases, la extrema derecha local denunciaba la desigualdad económico-social como uno de los malestares producto de una crisis casi permanente y un posible factor para la continuidad de la erosión del orden existente.

El perjuicio a las condiciones de vida de gran parte de la sociedad, puntualmente de los/as trabajadores/as, constituyó para las derechas una de las evidencias de los errores del régimen liberal y de la democracia y, al mismo tiempo, observaba con preocupación las expresiones de descontento dado que las mismas podían conducir a un cuestionamiento de todo orden, acercando a las masas obreras a ideologías críticas del sistema. El temor al retorno de la demagogia democrática del yrigoyenismo se presentaba conjuntamente a la constante denuncia de la infiltración roja, a la que consideraban

expectante en ese marco de inestabilidad. De esa manera, las entidades de la extrema derecha sostuvieron el respaldo crítico al gobierno de Justo en tanto guardianes del orden nacional. En ese sentido, fueron frecuentes los cuestionamientos al nuevo presidente por sus relaciones con el diario *Crítica* o por la presencia en su gabinete de “rojiblancos” o figuras “comunizantes”, tal era el caso del socialista independiente Antonio De Tomaso a cargo de la cartera de Agricultura y Ganadería durante el primer año del gobierno de la Concordancia.⁶ Estas observaciones apuntaban a señalar la ausencia de una “mano firme” como había ocurrido con la “Revolución de Septiembre” para frenar de manera enérgica las acciones de elementos disolventes, pero al mismo tiempo exigían una mayor intervención del gobierno en pos de resolver el escenario social atravesado por el aumento de la desocupación.

En las críticas a la política económica de la Concordancia destacó el interés por las condiciones de los sectores trabajadores, a tono con la pretensión de las derechas de constituirse como portavoces de la clase obrera en pos de alejarla de la influencia de las izquierdas. A mediados de 1933, *Crisol* discutió sobre una minuta redactada por diputados nacionales y presentada en dicha Cámara, donde expresaban su conformidad con que la delegación argentina en la Organización Internacional del Trabajo apoyara la propuesta de una jornada laboral de 40 horas semanales. El artículo, redactado en primera persona y firmado bajo el seudónimo de “obrero independiente”, describía con preocupación la situación que atravesaban tanto patrones/as como trabajadores/as, sectores a los que describía como “hermanados” y a merced de los intereses de “los colosos”, a quienes señalaba como los únicos favorecidos por este tipo de propuestas. A su vez, explicaba

⁶ “El impresionante S.O.S. de las campañas argentinas no ha llegado todavía a la Casa Rosada” (02/08/1932). *Bandera Argentina*, año I, N° 2, p. 1.

que la reducción de la jornada podía favorecer a socialistas y comunistas dada la afinidad de esas ideologías con estimular “el exceso de aspiraciones con y sin merecimiento” entre trabajadores/as.⁷ El temor de los nacionalistas al desarrollo de medidas que alentaran una posible insurrección y no logaran consolidar una mentada “pacificación social”, expuesta en diversas propuestas como la del conservador Matías Sánchez Sorondo (ex ministro de la dictadura y cercano a las ideas de la extrema derecha por su posición anticomunista), implicaba contemplar proyectos que buscaran armonizar de manera “integral” a todos los sectores de la sociedad.⁸

Dentro del conjunto de malestares sociales emergentes en el marco de la crisis, las tribunas nacionalistas destacaron el problema de la desocupación como el más urgente. Desde un principio objetaron el proceder del gobierno sobre esta cuestión con relación a dos aspectos, uno compuesto por la crítica y contrapropuestas sobre las políticas encaradas desde los planes de intervención del gobierno, y el segundo dirigido a discutir la ausencia de controles a las actividades militantes que influían sobre los campamentos de desocupados establecidos en la ciudad de Buenos Aires. A comienzos de 1933, las cifras del Censo Nacional de Desocupados alarmaron a las páginas nacionalistas, alentando propuestas vinculadas a regular la llegada de migración del exterior con el fin de frenar un aumento de la demanda de trabajo. Esta conclusión combinaba, en primer lugar, una lectura xenófoba no solo contra la mano de obra migrante por ser barata y perjudicar a los trabajadores locales, sino además contra “los

⁷ “En torno a la semana de 40 hs.” (18/06/1933). *Crisol*, año II, N° 433, p. 3.

⁸ “El descontento y la protesta de los ciudadanos no llega al oído del gobernante sino cuando el murmullo crece y crece y hasta convertirse en rebelión” (14/09/1933). *Crisol*, año II, N° 508, pp. 1 y 2. Matías Sánchez Sorondo además de representar los intereses de los liberales conservadores fue mentor de los dos proyectos de represión al comunismo presentados en 1932 y 1936, apoyados por las organizaciones nacionalistas (López Cantera, 2014b y 2018).

extranjeros y extranjerizantes de la Casa del Pueblo”, en referencia a los representantes socialistas a quienes atacaban por la defensa de las fronteras abiertas y el rol jugado en la elaboración de las medidas al respecto.⁹ En segundo lugar, esta objeción se sumaba a la crítica por la insuficiencia de las medidas dispuestas, insistiendo en la necesidad de “crear trabajo”, aunque tomando distancia de aquellos medios que podían recargar las cuentas públicas del Estado.

En ese sentido, las propuestas nacionalistas oscilaron entre demandar la intervención estatal en dirección al fomento del empleo en el sector privado y limitar su despliegue en obras públicas que podían llegar a constituir un perjuicio para los gastos públicos.¹⁰ El elogio a las medidas dispuestas por los gobiernos de Roosevelt y de Hitler en EE.UU. y en Alemania, respectivamente, e incluso de algunos proyectos impulsados desde el Ministerio de Obras Públicas, emergían como ejemplos positivos; sin embargo, la falta de empleo en el sector privado y la creación de organismos para la intervención continuaron siendo críticas permanentes. De esa manera, a mediados de 1934 definieron a la Junta Nacional para Combatir la Desocupación como “...un nuevo organismo burocrático que vendrá a enriquecer, como una calamidad más, el pesado mecanismo de la administración pública y a restar al presupuesto general de gastos de la Nación, un importante número de erogaciones perfectamente inútil...”.¹¹ Sin llegar a rechazar al intervencionismo estatal, “ese inútil organismo burocrático” (tal como

⁹ “Dos comprobaciones del censo de desocupados en el país” (07/05/1933). *Crisol*, año I, N° 298, p. 1.

¹⁰ “¡Trabajo!” (16/04/1933). *Bandera Argentina*, año I, n. 221, pp. 1 y 3; “Buscamos remedio a la desocupación” (28/08/1932). *Bandera Argentina*, N° 24, p. 3.

¹¹ “La desocupación solo tendrá que combatirse por métodos directos” (24/08/1934). *Bandera Argentina*, año III, N° 634, p. 1. “Sobre los ejemplos norteamericano y nazi: Hay que crear trabajo en el país” (05/04/1933). *Bandera Argentina*, año I, N° 211, p. 3; y “Cómo se encara el problema de la desocupación en otros países” (31/08/1934). *Bandera Argentina*, año III, N° 640, p. 1.

denominaron al proyecto de la Junta) representó una contradicción ante la existencia de otras dependencias (desde la cartera de Obras Públicas hasta la Dirección de Vialidad y otras reparticiones), pero sobre todo como una herramienta que podía entorpecer la solución “inmediata” o “directa” (en referencia a la creación de empleo en la esfera privada), dado que la combinación de asistencia social y creación de trabajo solo podrían llevarse a cabo en etapas, aletargando de esa manera las respuestas al problema social de una manera similar a “el plan quinquenal de los soviets rusos”.¹²

El asistencialismo fue un punto central entre las objeciones expresadas desde las tribunas nacionalistas. Desde la disponibilidad de albergues en depósitos fiscales, hasta la ropa o plato de sopa ofrecidos fueron descritas como acciones limitadas. La denuncia contra este tipo de medidas radicaba en el fomento de la vagancia y del parasitismo que estas encerraban. Ello fue objetado en base a dos argumentos. Por un lado, la siempre presente crítica a la democracia ya que la masa desocupada podía gozar de la “democrática libertad para el ejercicio impune de la mendicidad en la metrópoli”.¹³ La restauración democrática en 1932 reeditaba, para la extrema derecha, el falso igualitarismo promovido tras la sanción de la Ley Sáenz Peña, un pretendido equilibrio social que otorgaba oportunidades a una diversidad de sectores y actores sociales que no necesariamente eran merecedores de habitar el suelo argentino y disfrutar de esos derechos.¹⁴

¹² “La desocupación solo podrá combatirse con las armas adecuadas” (29/08/1934). *Bandera Argentina*, año III, N° 638, p. 1; “Las fuentes de trabajo en el país y la desocupación” (28/08/1934). *Bandera Argentina*, año III, N° 637, p. 1; “El Estado frente a la acción privada y a la desocupación” (31/08/1934). *Bandera Argentina*, año III, N° 640, p. 1.

¹³ “Hacia una movilización general del trabajo y de los desocupados” (02/09/1932). *Bandera Argentina*, año III, N° 642, p. 1.

¹⁴ A pesar de las diferencias con lo que algunos trabajos calificaron como “nacionalismo de elite” en referencia a los neorrepblicanos (Devoto y Barbero, 1983), los grupos de los años treinta —aunque se inclinaron en favor de la masividad— recurriendo a un discurso y propuestas

Pero no solo el régimen democrático podía ser cuestionado por el *espejismo de la igualdad*. En segundo lugar, la mendicidad, el parasitismo y la vida ociosa de estos sectores vulnerados fueron concebidos como un caldo de cultivo para la propagación de aquellas ideas afines al “exceso de aspiraciones”. La extrema derecha asociaba las reivindicaciones de socialistas y comunistas con una supuesta repulsión al trabajo y con la idea de favorecer el malestar para aprovecharse del descontento. Durante toda su existencia, el diario *Crisol* sostuvo un fuerte discurso anticomunista respaldado en la publicación de documentos e información tanto de las actividades del PC argentino como de la URSS y otras organizaciones internacionales de izquierda. Las denuncias de esa publicación se encontraron en línea con la pretensión, tanto de los nacionalistas como del mundo católico, de poner “en evidencia”, de revelar “la verdad” sobre los planes e intenciones de ideas que buscaban representar los intereses de la clase obrera pero escondían otras intenciones. Así, en 1933, *Crisol* publicó las resoluciones de la Internacional Sindical Roja, entidad a la que el PC local estuvo adherido hasta su disolución en 1937, donde se proponía el acercamiento de las izquierdas a los sectores desocupados. Esta política, ya puesta en práctica incluso por los anarquistas, no era comprendida por las derechas como parte de una lógica de incorporar a trabajadores/as con o sin ocupación dentro de la dinámica de la lucha de clases, sino como una expresión proselitista, es decir, de un interés particular (el del partido en este caso) disfrazado de uno general.¹⁵

de carácter populares, no abandonaron el cuestionamiento a la democracia y al liberalismo por la igualdad de derechos, concebida como una injusticia (Spektorowski, 2000; Rubinzal, 2012).

¹⁵ “Los desocupados son un magnífico botín para los comunistas” (11/09/1932). *Crisol*, año I, N° 195, p. 1. “El problema de la desocupación y el comunismo. Los sindicatos revolucionarios en la agrupación de los desocupados y en la dirección de su lucha. Un arma poderosa” (01/11/1932). *Crisol*, año I, N° 240, p. 1.

La caracterización de las izquierdas —y puntualmente del problema comunista— como “doctrinas falsearias” fue un componente de los discursos en clave “revelación” de la extrema derecha. En el sustrato de esa lectura se encontraba la idea del carácter impracticable de toda propuesta revolucionaria y la concepción, en consecuencia, de que la adhesión a esas consignas solo podía ocurrir bajo condiciones extremas. De acuerdo con las derechas nacionalistas argentinas de estos años, esas condiciones podían ser, en primer lugar, el empleo de recursos como la mentira, el engaño o la coerción. En los comienzos de su publicación, en septiembre de 1932, *Bandera Argentina* reprodujo una conferencia de la ANA donde se explicaba el recurso de la mentira o la falacia para convencer a “la clase más débil en la sociedad” de llegar al poder venciendo a los más poderosos, un objetivo que entendían imposible.¹⁶ En esa misma línea, la violencia aparecía como otra herramienta empleada por el enemigo rojo: las/os trabajadoras/es cuando no eran engañadas/os, terminaban siendo obligadas/os a participar o de una huelga, una protesta o adherir a una entidad gremial. La ilusión y/o la manipulación fueron denunciadas como estrategias para tornar creíble la subversión de un orden que, de acuerdo con estos razonamientos, no podía ser trastocado. Esta operación solo podía llevarse a cabo en el marco de la crisis total trazada por la decadencia de la posguerra y el impacto de la Revolución Rusa, más el contexto de los treinta, un escenario propicio para la desesperación de las masas obreras y, por lo tanto, su adscripción a lo imposible.

En suma, los grupos nacionalistas buscaban exponer al aprovechamiento particular del PC local y de la URSS detrás de las promesas de un “paraíso proletario”. Con ese propósito, los artículos periodísticos

¹⁶ “El comunismo revolucionario y la moderna opresión del proletariado” (25/09/1932). *Bandera Argentina*, año I, N° 49, p. 3.

brindaron información sobre los múltiples espacios de la sociedad argentina donde el comunismo avanzaba para lograr instalarse de una manera capilar: desde la difusión de propaganda de la mano de periódicos fabriles y prensa periódica, la existencia de organizaciones como la Liga Antiimperialista o el Socorro Rojo Internacional, la participación en entidades estudiantiles, e incluso los ensayos de infiltración en el Ejército a partir de los conscriptos (López Cantera, 2015). El trabajo con los desocupados en el campamento de Canning y la Costanera Norte en la ciudad de Buenos Aires, conocido como “Villa Desocupación” o “Villa Esperanza”, formaba parte de ese conjunto de acciones.¹⁷ Para *Bandera Argentina* la existencia de esta villa era un claro ejemplo de la “indiferencia de los poderes públicos” ante la miseria y hacinamiento que aquejaba a su población; por su parte, *Crisol* se orientó a destacar que el campamento era un germen de conflicto, un antro de “extranjeros y forajidos”, por lo que la presencia de agentes disolventes era de esperar.¹⁸ Esta última tesis era compartida por la Policía de la Capital, fuerza que desde un principio alertó sobre los posibles conflictos que podía generar el escenario de desocupación, sobre todo una vez que tanto el PC como la FORA se hicieron presentes entre los afectados (Benclowicz, 2016a, 2016b; Iñigo Carrera, 2016: 138).

Para junio de 1932, la Sección Especial ya había dado cuenta del acercamiento de los comunistas a “Villa Desocupación”, donde el partido habría organizado alrededor de 14 grupos de militantes. Así,

¹⁷ Existieron otros asentamientos, uno en Parque Patricios y otro en el Bajo Belgrano, de los que se tiene poco conocimiento. Asimismo, al margen de la política asistencial del gobierno con esos campamentos, una vez constituida la Junta Nacional para Combatir la Desocupación, se procedió al desalojo de Villa Desocupación empleando la represión y posteriormente la demolición de sus viviendas (Snitcofsky, 2013).

¹⁸ “El vergonzoso campamento de los desocupados” (22/01/1933). *Bandera Argentina*, año I, N° 150, p. 1. “Otra vez Puerto Nuevo” (18/05/1933). *Crisol*, año II, N° 407, p. 2.

en mayo de 1933, la SERC elaboró un informe sobre el desarrollo de conferencias públicas (en general, una de las actividades más vigiladas y detalladas por esta dependencia) en el campamento, detallando su duración, los contenidos de las exposiciones —sobre todo aquellos vinculados a la denuncia por la represión policial— y se dio cuenta de las detenciones llevadas a cabo en algunas de las irrupciones de la policía.¹⁹ Uno de los procedimientos policiales ocurridos en ese mismo mes de 1933 fue descrito en un memorándum particular, donde se puede observar la estrategia de la SERC de permitir el desarrollo de la actividad para contar con pruebas (desde los contenidos de las alocuciones hasta la conferencia en sí) que avalaran la detención de algunos participantes. No obstante, ese mismo accionar policial fue criticado por la prensa nacionalista, que consideró un signo del “relajo” de las autoridades al hecho de no haber interrumpido la conferencia desde un comienzo.²⁰ La sola existencia del asentamiento constituía un terreno favorable para el arraigo de la militancia comunista, fuera desde la creación de un comité o célula, o de la presencia de la FORA: *Crisol* caracterizó al campamento de Canning por su composición extranjera (“la mayoría son polacos”) y la holgazanería, denunciando la “industrias de la limosna” y el rechazo al trabajo: “[no quieren trabajar] Y se lo dicen a cualquiera que los interroge”.²¹

La extranjería y la repulsión a participar de una actividad productiva (el valor del trabajo) eran presentadas como valores ajenos que o atraían a los revolucionarios y a sus acciones, o desviaban a quienes padecían esas condiciones extremas, acercándolos a esas “doctrinas

¹⁹ *Memorandum SERC* (16/05/1933), Doc. 102, Caja 45 (Archivo Agustín P. Justo, AGN).

²⁰ “De las varias actividades de V. Desocupación” (18/05/1933). *Bandera Argentina*, año I, N° 247, p. 1. “Otra vez Puerto Nuevo” (18/05/1933). *Crisol*, año II, N° 407, p. 2. “Sobre el informe de la SERC: *Tiroteo en Puerto Nuevo. Sección Especial*” (17/05/1933). Doc. 103, Caja 45 (Archivo Agustín P. Justo, AGN).

²¹ “La FORA y los desocupados” (04/04/1933). *Crisol*, año II, N° 371, p. 1.

falsearías”. La expectativa de los nacionalistas por la solución coercitiva a la presencia de estos espacios de conflicto fue acompañada por la acción paraestatal de sus organizaciones aunque no era la única herramienta que contemplaban. El empleo de la fuerza convivía con el interés por resolver el escenario económico social a través de medidas que mejoraran las condiciones del mundo obrero, señal de la síntesis entre el repudio a las alternativas igualitarias expresadas por tendencias revolucionarias calificadas como comunistas, y de la crítica a la desigualdad existente, producto de malas gestiones gubernamentales —arraigadas en las bases democráticas del régimen político— o en el proceder de los “malos empresarios”.²² El comunismo y la democracia liberal, las dos raíces de las impugnaciones mencionadas, eran incluidos en una misma génesis de la erosión del orden nacional; las libertades democráticas alentaban a los elementos subversivos en lugar de garantizar una posible armonía.²³

Para estas derechas la “verdadera opción”, aquella que permitiría una solución de tipo definitiva, implicaba la integración de los intereses de los distintos sectores sociales a partir de valores como la “Nación”, en tanto el punto o bien común que podía amalgamar esas diferencias. “No somos enemigos de los obreros” concluía un artículo de *Bandera Argentina* donde se analizaban los malestares sociales de ese presente en tanto resultados del “industrialismo acelerado de los últimos años” —un proceso solo beneficioso para los grupos más poderosos— y de la injerencia de otro tipo de intereses particulares, representado en el gremialismo clasista de las izquierdas, que parcelaba y fomentaba la división a través del odio destructivo de la doctrina de la lucha de clases.²⁴ En esa línea, a pesar de las demarcaciones que las entidades

²² “La quiebra del orden económico liberal” (23/08/1933). *Crisol*, año II, N° 849, p. 1.

²³ “Derechos, libertades” (17/02/1933). *Bandera Argentina*, año I, N° 171, p. 1.

²⁴ “Nacionalismo y sindicalismo” (8/09/1932). *Bandera Argentina*, año I, N° 34, p. 1.

nacionalistas permanentemente enunciaban, las prácticas obreristas del fascismo italiano eran presentadas como un modelo a elegir frente a las posibilidades del ascenso del comunismo entre las/os trabajadoras/es (McGee Deutsch, 2005: 280-300). Dicho modelo era rescatado por sus afinidades con la conciliación de clases promovida desde el catolicismo social, cuyos valores eran el contrapunto necesario ante la “guerra de clases” propuesta por el marxismo.²⁵ Esto último mostraba la compatibilidad del discurso del nacionalismo de derecha con una de sus matrices ideológicas, la católica, de la que tomaban los principios de la doctrina social de la Iglesia (Patto Sá Motta, 2019: 56-69).

La desigualdad social que los nacionalistas buscaban combatir debía respetar los pilares de ese orden nacional y, por lo tanto, natural. El discurso antiimperialista y aquel crítico de los grandes capitales, locales y sobre todo extranjeros, eran elementos que no confrontaban con la defensa de uno de los principales valores a defender de las pretensiones comunistas de destrucción: la propiedad privada. La imposibilidad de eliminarla era ratificada en las limitaciones de las políticas soviéticas y en la naturaleza egoísta de los seres humanos, esta última una condición que podía admitir la igualdad jurídica pero nunca ir en contra de las jerarquías “naturales”.²⁶ De esa manera, el proyecto a contracorriente del peligro comunista, al revelarse contranatura, solo podía recurrir a tácticas espurias para difundirse. Más allá del engaño o la mentira, el odio y la destrucción terminaban saliendo a la superficie, dando definición al tipo de dinámica propuesta por la política del comunismo. Así, la conmemoración del 1º de Mayo y sus movilizaciones fueron caracterizadas desde las tribunas nacionalistas

²⁵ “El trabajo y el obrero bajo el régimen fascista” (19/08/1933). *Crisol*, año II, Nº 486, p. 1.

²⁶ “Comunismo” (24/09/1932). *Bandera Argentina*, año I, Nº 48, p. 3. “La utopía y los sistemas económicos” (3/07/1932). *Crisol*, año I, Nº 136, p. 3.

por la presencia de “extranjeros indeseables destinatarios exclusivos de la ley de residencia”, una “comparsa” donde participaban sujetos ajenos a “la verdadera y sufriente clase humilde argentina, patriota hasta los huesos y labradora de la riqueza nacional”.²⁷ La violencia expresada en las consignas y en los cánticos de esa y otras movilizaciones solo podía ser signo de la impotencia de un discurso contradictorio y falaz.

Reflexiones finales

El presente trabajo ha sido un ejercicio por incorporar dentro de las reflexiones sobre la desigualdad en la Argentina aquellas temáticas vinculadas a la conflictividad de los años treinta. Las tensiones y problemáticas sociales de esos años estuvieron estrechamente vinculadas a la presencia de una clase trabajadora organizada bajo diversas corrientes de izquierdas, predominantes en el movimiento obrero, compuestas por tendencias desde reformistas hasta revolucionarias. En directa relación con ello, la derecha nacionalista irrumpió como un actor que buscó combatir esas expresiones políticas en disputa por representar tanto los intereses de la Nación y los vinculados a los sectores obreros. La manera en que esos grupos conformados por ligas y legiones se manifestaron —fuera en el espacio público como desde la prensa— respecto a la naturaleza de la conflictividad existente, su articulación con la problemática de la desigualdad y con los ideales sociales que defendían, fue un eje de la construcción del proyecto político de esos actores y, por ello, una dimensión para ser explorada.

²⁷ “Hablemos claro” (30/04/1933). *Crisol*, año II, N° 393, pp. 1 y 3. Años más tarde, con posterioridad al punto de inflexión marcado por la masiva convocatoria del 1° de Mayo de 1936, los grupos nacionalistas salieron a disputar esa fecha, apelando a sus propias movilizaciones y a recrearla en tanto una celebración del trabajo y de la nacionalidad (Rubinzal, 2008).

Los nacionalistas adoptaron una posición crítica frente a las políticas de intervención del gobierno de la Concordancia, sin desconocer cierta afinidad con estas. Manteniendo el recelo del apoyo político al gobierno de Justo, alentaron la intervención por la fuerza pero también las políticas para la creación de empleo. No obstante, esa defensa del rol del Estado encontraba límites, tanto en lo referido a aquellas medidas perjudiciales para el gasto público como en cuanto a las consecuencias indebidas de incrementar la estructura burocrática, esto último un aspecto que no dejaba de ser homologado a los planes quinquenales del stalinismo.

En segundo lugar, las intenciones de las organizaciones de extrema derecha por interpelar a los sectores obreros buscaron invalidar el discurso y procedimientos llevados a cabo por las izquierdas, aspectos que consideraron instigados por la injerencia del comunismo. La presencia del “peligro rojo” en la Argentina fue explicada en tanto uno de los resultados de la participación política alentada bajo una democracia ampliada, un régimen promotor del conflicto social, aquel en el que las ideas comunistas podían anclarse. El marco de la crisis y el de la desocupación brindaban mayores condiciones para que la desesperación de la masa obrera creyera en la factibilidad de las propuestas *disolventes*, calificadas como “falsearias”, es decir, manipulaciones que disfrazaban intereses partidarios (y de potencias ajenas a la Nación, como la URSS) bajo la idea del interés de clase. Resolver las malas condiciones de vida o la falta de trabajo aparecían como imperativos, no solo para evitar la conflictividad en sí misma, sino para quitarle capacidad de convencimiento al discurso comunista. La desigualdad o las injusticias sociales eran, para la extrema derecha, fenómenos posibles de encausar, promoviendo la armonía y buen diálogo entre patrones/as y trabajadores/as. No obstante, ello no debía traspasar el límite de cuestionar las diferencias de clase. La existencia de críticas al ordenamiento de la sociedad

—desde cuestionar a las autoridades públicas o alterar la jerarquía capital-trabajo— constituía para los nacionalistas una aberración que solo podía concluir en la destrucción de la comunidad. Pero, al mismo tiempo, era una muestra de que los ideales defendidos por esa derecha podían ser discutidos. ¿Acaso el combate contra la desigualdad y contra el comunismo no significaba rechazar toda evidencia de sus propias limitaciones?

| Bibliografía

- » Asquini, S. (2022). El catolicismo social en el mundo de los trabajadores. Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- » Auza, N. (1987). *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*. Buenos Aires: Don Bosco.
- » Belkin, A. (2020). La fundación de la Unión General de Trabajadores y sus vínculos con el Partido Socialista: Tendencias antipolíticas en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX. *Izquierdas*, 49: 3545-3566.
- » Benclowicz, J. (2016a). Un movimiento de desocupados para la revolución. El Partido Comunista y la organización de los trabajadores desocupados hacia la década de 1930 en Argentina. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 51: 167-198.
- » Benclowicz, J. (2016b). ¿Vencidos sin dignidad o sujetos revolucionarios? Los anarquistas ante los desocupados y la desocupación en la Argentina de la primera mitad de los años treinta. *Izquierdas*: 19-45.
- » Bobbio, N. (1995). *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- » Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y Peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Caimari, L. (2012). *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Camarero, H. (2008a). Comunismo y movimiento obrero en la Argentina, 1914-1943. Tesis Doctoral. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- » Camarero, H. (2008b). Reflexiones acerca de dos luchas obreras impulsadas por los comunistas: la huelga petrolera en Comodoro Rivadavia y la huelga de la carne en Avellaneda (1932). *Historia Regional*, (26): 119-135.

- » Camarero, H. (2012). Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la FONC, 1936-1943. *Estudios del Trabajo*, (43-44): 113-139.
- » Camarero, H. (2013). Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión. *PolHis*, 6: 129-146.
- » Camarero, H. (2015). La CGT en disputa. Prescendencia apolítica de la dirección sindicalista y frentepopulismo comunista, 1935-1939. *Cuadernos del Ciesal*, año 12, N° 14: 35-58.
- » Ceruso, D. (2015). *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar del trabajo, 1916-1943*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- » Ceruso, D.; López Cantera, M. y Piro Mittelman, G. (2022). La izquierda frente a la desigualdad y las condiciones de vida de la clase obrera a comienzos de los años 40. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 15(20): 3-33.
- » Del Campo, H. (1989). Sindicatos, partidos “obreros” y Estado en la Argentina preperonista. En Ansaldi, W. y Moreno, J. L. (eds.). *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro.
- » Del Campo, H. (2005). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » De Privitellio, L. (2003). *Vecinos y ciudadanos: política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » De Privitellio, L. (2001). La política bajo el signo de la crisis. En Cattaruzza, A. (dir.). *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. *Nueva Historia Argentina*, t. VII. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Devoto, F. y Barbero, M. I. (1983). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: CEAL.
- » Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Dolkart, R. y McGee Deutsch, S. (comps.) (2001). *La derecha argentina*. Buenos Aires: Ediciones B.
- » Finchelstein, F. (2010). *El fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en la Argentina transatlántica, 1914-1945*. Buenos Aires: FCE.

- » Girbal-Blacha, N. (2003). La Junta Nacional para combatir la Desocupación. Tradición y modernización socioeconómica en la Argentina de los años treinta. *Estudios del Trabajo*, (25): 25-53.
- » Hora, R. (2019a). Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 23(1): 53-75.
- » Hora, R. (2019b). El debate sobre el latifundio en la Argentina de entreguerras. *Historia Agraria. Revista de agricultura e historia rural*, (79): 131-159.
- » Hora, R. (2021). Socialistas, anarquistas, católicos y liberales: trabajadores y política en la Buenos Aires del novecientos. *Estudios Sociales*, 61(2).
- » Horowitz, J. (2001). El movimiento obrero, en Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943). En Cattaruzza, A. *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Iñigo Carrera, N. (2000). *La estrategia de la clase obrera*. Buenos Aires: PIMSA La Rosa blindada.
- » Iñigo Carrera, N. (2001). La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina. *Documento de Trabajo*, N° 31, PIMSA.
- » Iñigo Carrera, N. (2016). *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- » Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*. Nueva York: New School for Social Research.
- » Koppmann, W. (2016). Lucha de clases, formas de organización y estrategia política del sindicalismo revolucionario en la industria de la madera y el mueble, Buenos Aires, 1915-1920. *Revista Izquierdas*, (26): 192-217.
- » Korn, F. y Romero, L. A. (comps.) (2006). *Buenos Aires/entreguerra: la llamada transformación, 1914-1945*. Buenos Aires: Alianza.
- » Korzeniewicz, R. (1993). Los conflictos laborales entre 1930 y 1943. *Desarrollo Económico*, 33(131).
- » Lida, M. y Mauro, D. (Coords.) (2009). *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*. Rosario: Prohistoria.

- » Lida, M. (2011). La conquista católica de las calles porteñas, 1910-1944. En Lobato, M. (ed.). *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales del siglo XX*. Buenos Aires: Biblos.
- » López Cantera, M. F. (2014a). Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial. *Archivos de Historia del movimiento obrero y la izquierda*, año II, N° 4.
- » López Cantera, M. F. (2014b). Detrás del debate. La cuestión comunista y la criminalización en la Ley de Represión al comunismo de 1936. *Contenciosa*, año II, N° 3.
- » López Cantera, M. F. (2015). La estrategia del comunismo argentino en la mirada del nacionalismo reaccionario durante la década de 1930. *Páginas*, 7(15) <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/issue/view/15>.
- » López Cantera, M. F. (2018). La representación obrera en disputa. El anti-comunismo argentino en los conflictos de 1936 y 1937. *Conflicto Social*, 11(19): 133-159.
- » López Cantera, M. F. (2019). Orígenes y consolidación del anticomunismo en Argentina (1917-1943). Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- » López Marsano, C. y Salas, E. (2017). *¡Viva Yrigoyen! ¡Viva la Revolución! La lucha armada radical en la década infame 1930-1933*. Buenos Aires: Biblos.
- » Lvovich, D. (2003). *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Vergara.
- » Martín, M. P. (2012). Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía. Buenos Aires-Rosario, 1892-1930. Tesis doctoral. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- » Martín, M. P. (2020). *Los católicos y la cuestión obrera. Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)*. Buenos Aires: Colección CEHTI-Imago Mundi.
- » Matsushita, H. (2016 [1986]). *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Ediciones RyR.
- » McGee Deustch, S. (2003). *Contrarrevolución en Argentina*. Bernal: UNQui Editorial.

- » McGee Deustch, S. (2005). *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile 1890-1939*. Bernal: UNQui Editorial.
- » Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Mutsuki, N. (2004). *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Biblos.
- » Navarro Gerassi, M. (1968). *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- » Panettieri, J. (1996). Paro forzoso y colocación obrera en Argentina en el marco de la crisis mundial (1929-1934). *Cuadernos del CISH*, año 1, N° 1: 9-30.
- » Patto Sá Motta, R. (2019). *En guardia contra el peligro rojo. El anticomunismo en Brasil (1917- 1964)*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.
- » Poy, L. (2015). El Partido Socialista y las huelgas: una relación incómoda. Un análisis de las posiciones partidarias en los primeros años del siglo XX. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (6): 31-51.
- » Rock, D. (1993). *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires: Ariel.
- » Romero, L. A. y Gutiérrez, L. (1995). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Rubinzal, M. (2008). La disputa en las plazas. Estrategias, símbolos y rituales del primero de mayo nacionalista (Buenos Aires, 1930-1943). *Historia y Política*, (19): 255-285
- » Rubinzal, M. (2012). El Nacionalismo frente a la cuestión social en la Argentina. Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo. Tesis doctoral. La Plata: FHCE, UNLP.
- » Snitcofsky, V. (2013). Impactos urbanos de la Gran Depresión: el caso de Villa Desocupación en la Ciudad de Buenos Aires (1932-1935). *Cuaderno Urbano. Espacio, cultura, sociedad*, 15(15): 93-109.
- » Spektorowski, A. (2000). Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera. *ElAL*, 2(1).
- » Spektorowski, A. (2003). *The Origins of Argentina's Revolution of the Right*. Indiana: University of Notre Dame.

- » Tato, M. I. (2004). *Vientos de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Tato, M. I. (2005). ¿Alianzas estratégicas o confluencias ideológicas?: conservadores y nacionalistas en la Argentina de los años treinta. *Cuadernos Del Claeh*, 28(91): 119-135.